

Roberto  
Rubiano  
Vargas

# El anarquista jubilado



Biblioteca  
Digital  
de Bogotá

# El anarquista jubilado

ROBERTO RUBIANO VARGAS

**ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ**

Gustavo Petro Urrego  
*Alcalde Mayor de Bogotá*

**SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE**

Clarisa Ruiz  
*Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte*

Yaneth Suárez Acero  
*Directora (e) Lectura y Bibliotecas*

Olga Patricia Omaña Herrán  
Mauricio Alberto García Segura  
*Dirección Lectura y Bibliotecas*

**BIBLORED**

Mary Giraldo Rengifo  
*Directora General Biblored*

**IDARTES**

Santiago Trujillo Escobar  
*Director General*

Bertha Quintero Medina  
*Subdirectora de las Artes*

Valentín Ortiz Díaz  
*Gerencia de Literatura*

**MINISTERIO DE CULTURA**

Mariana Garcés Córdoba  
*Ministra de Cultura*

María Claudia López Sorzano  
*Viceministra de Cultura*

Enzo Rafael Ariza  
*Secretario General*

Consuelo Gaitán Gaitán  
*Directora de la Biblioteca Nacional*

**ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LAS BIBLIOTECAS,  
LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN, BIBLOAMIGOS**

Francisco Duque  
*Director Ejecutivo*

Regina Isabel Martínez  
*Asistente Administrativa*

**EQUIPO BIBLIOTECA DIGITAL DE BOGOTÁ**

Sandra Angulo y Patricia Miranda  
*Coordinación general*

Guido Tamayo  
*Editor*

Óscar Torres Duque  
*Jefe de investigación*

Milena Ramírez, Santiago Ortiz y Karla Villamarín  
*Asistentes de investigación*

Tangrama

*Diseño gráfico y web*

Fundación Karisma

*Asesoría derechos de autor*

Equipo Conservación y Digitalización de la Biblioteca Nacional

*Digitalización*

César Jaramillo

*Revisión tipográfica*

eLibros Editorial, Iván Correa

*Diseño y producción eBook*

Agradecimientos especiales a todos los autores e intelectuales que aportaron ideas y obras a este proyecto por su confianza y generosidad.

© 2001, Roberto Rubiano Vargas

© 2014, SCRD-Idartes y Ministerio de Cultura

Edición digital: Bogotá, febrero de 2014

ISBN: 978-958-8321-90-5 (epub)

Licencia Creative Commons: Reconocimiento-No Comercial- Compartir Igual, 2.5 Colombia. Se puede consultar en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/###>

Usted puede copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra, siempre que no haga un uso comercial ni la modifique. Para conocer el texto completo de la licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/>

Todos los derechos reservados. Material de distribución gratuita con fines didácticos y culturales. Queda estrictamente prohibida su reproducción total o parcial con ánimo de lucro, por cualquier sistema o método electrónico sin autorización expresa para ello.

## Contenido

*Cubierta*

*Portada*

*Créditos*

### EL ANARQUISTA JUBILADO

Preámbulo

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Epílogo

En un soleado enero, recién graduado de bachiller, tomé la decisión de no entrar a la universidad y convertirme en escritor de tiempo completo. Mi mamá no se quejó por mi bizarra elección. Dispuso un escritorio y una máquina de escribir al lado de un pequeño jardín interior donde ella cultivaba pimentones, y me dijo:

–Si va a escribir, entonces lo mejor es que se ponga a hacerlo con comodidad.

Han pasado muchos años. He publicado algunos libros e incluso asistí algún tiempo a la universidad. Este es el primer libro que le dedico. Creo que es el apropiado para agradecerle por su estímulo. Por tanto:

A mi mamá

Estamos sumergidos en la contienda, hasta el cuello, nosotros que fuimos adorno, compensación y disimulo.

Que, por lo menos, quienes lleguen después de nosotros no hallen la última cobardía, la de que no hubiéramos confesado y reconocido nuestra derrota y nuestro inútil arrepentimiento.

Hernando Téllez, *Literatura y sociedad*

## Preámbulo

### **Puerto López, 1968, en un morichal cerca del río Meta.**

El ingeniero Matallana observa el cielo. Las nubes son objetos blancos inmóviles en el azul intenso. El engranaje del universo está detenido y él es el único ser vivo que lo nota. Afloja las manos y deja caer, en el agujero, recién excavado, de tierra amarilla y húmeda, el cuerpo del sargento Piñeros.

Una gota de sudor se desliza por su nariz. La enjuga con su boina vasca y comienza a cubrir el cadáver con tierra. El calor y la humedad del ambiente le pegan la ropa a la piel. Sus botas están manchadas de lodo hasta el alto de la caña. Reza un padre nuestro mientras cumple su expiación. Apenas percibe el zumbido de los insectos sobre su cabeza y los estremecimientos de la pala al chocar contra las piedras sueltas entre la tierra.

Se siente solo bajo la bóveda celeste y está solo, en medio de la llanura. Sus dos compañeros deben estar en el campamento borrando las huellas de su paso por el lugar.

Cuando termina la sepultura, reza, apoyado en el mango de la pala, una oración de despedida, como si estuviera en una iglesia y todavía fuera sacerdote.

Las nubes continúan inmóviles.

Entonces otro disparo proviene del campamento. El estampido rebota una y otra vez en el interior de su cabeza. Se persigna con rapidez y echa a correr hacia el río.

No se detiene hasta que llega al puente de troncos. Hace una pausa para tomar aire, observa los restos de vegetación arrastrados por el agua y con un último esfuerzo, cruza al otro lado.

El campamento es un rancho con paredes de guadua, cubierto con tejas de zinc que se retuercen por el calor. Al

pie de la construcción está el jeep, y junto al vehículo una canasta de mimbre con víveres, de la cual sobresale la pata de un animal asado al fuego.

Dentro del rancho aguardan sus dos compañeros. Lo primero que le sorprende es que aún sigan vivos. Tienen los pómulos hinchados y la ropa rasgada. Lo segundo que llama su atención son los destrozos. Las cantimploras, los documentos, mapas, la ropa sucia y el teodolito que están en el piso.

Nicolás Borda, el hombre más delgado, tiene ojos verdes y aspecto de extranjero, aunque nació en Bogotá treinta años antes. Respira nervioso y sostiene la escopeta de cacería entre sus brazos, como si fuera un animal exótico.

El que está sobre el catre, José Antonio Guzmán, aprieta su pierna con las manos ensangrentadas. Es un individuo grueso, con la piel marcada con picaduras de viruela.

—¿Qué pasó? —pregunta el ingeniero Matallana acezando por la adrenalina que circula en su sangre.

—Nicolás me jodió la pierna —se queja José Antonio Guzmán señalando la herida.

—Después de lo que pasó esta mañana me pareció lógico quitarle la escopeta —explica Nicolás justificándose.

Muchos días en el monte los tienen irritables, pero eso no es una razón para matarse, piensa el ingeniero Matallana. No existe una razón válida para matar a nadie. Observa el horizonte a través de la puerta del rancho. No hay viento y los árboles están quietos. Las nubes detenidas. Los animales en silencio. Solo ellos respiran bajo el inmutable rostro del cielo.

Todo está inmóvil desde esa mañana temprano, desde el mismo instante en que murió el sargento Piñeros.

En una pelea estúpida.

Al despertar los vio. Estaban afuera del rancho. El sargento con un machete, José Antonio Guzmán con la escopeta. Ya deje la vaina, decía José Antonio, entrégueme el mapa y deje de joder. Eso vale más. Ustedes van a conse-

guir mucha plata con esas tumbas y yo quiero mi parte, replicaba el otro. Entonces sonó el disparo.

Hacía dos o tres horas de aquello.

–El llano es grande y tiene su propia ley. La selva se tragará sus huesos –dijo cínicamente José Antonio Guzmán observando el cuerpo desgonzado del sargento–. Échelo a un hoyo y sanseacabó.

Las decisiones las tomó el ingeniero Matallana.

–Yo me encargo –dijo.

Llevaban muchos meses entre Casanare y Puerto López. Entre Arauca y Villavicencio, buscando oro en las orillas de los ríos, en vertientes de arroyos sin valor. Luego, cuando el sargento Piñeros apareció a contarles la historia de las dos tumbas cuya localización sólo él conocía: las del guerrillero Camilo Torres y el bandolero Efraín González. Cambiaron sus objetivos. A partir de ese momento olvidaron el oro y se dedicaron a recorrer el amplio cementerio dejado por la guerra pacificadora de aquellos años, en busca de esas dos tumbas insignia de la vida y la muerte del país en el último medio siglo.

Y, después de meses de escarbar y tropezar con tumbas ocultas de dirigentes campesinos, bandoleros y opositores liberales, lo único que les queda son algunos mapas, los herbarios, y muestras de piritita sin valor, regadas por el suelo de tierra. Y un hombre muerto y otro herido. Y sus ilusiones rotas. Y sus proyectos inutilizados ante la presencia implacable de la muerte.

El ingeniero Matallana revisa la herida de José Antonio. Está mal, pero se guarda de decirlo.

–¿Es grave? –pregunta Nicolás Borda mientras guarda el teodolito en su estuche.

–No mucho –miente el ingeniero Matallana.

José Antonio Guzmán continúa mirando su herida, como si pretendiera curarse mediante sugestión, igual que un yogui hindú.

El mobiliario del campamento son unos catres de lona muy usados, mosquiteros que cuelgan del techo y una mesa improvisada sobre la cual están los libros de dibujo donde el ingeniero Matallana clasifica la flora del llano. Esos ordenados herbarios contrastan con los caóticos apuntes de Nicolás Borda y los cuadernos de José Antonio Guzmán, que son simples y predecibles, dibujados con una tinta de color violeta que su propietario prepara a partir de tintura de genciana.

El ingeniero reparte los bienes de cada uno. Los cuadernos, los mapas, las cantimploras, los cuchillos de hueso de venado. Luego toma su avío y lo lleva al jeep.

Al regresar Nicolás Borda le habla.

—Aquí terminó todo para mí —dice cerrando la mochila. Sus ojos verdes que le dan aspecto de extranjero brillan con intensidad.

—¿Y los mapas? —pregunta Guzmán desde el catre, ansioso.

Nicolás Borda enciende un cigarrillo, las aletas de su nariz se expanden con fuerza, como si necesitara oxígeno suplementario para mantener viva la enorme estructura ósea de su cuerpo.

—Ahí quedan —dice escupiendo una bocanada de humo y señalando la mesa cubierta de cuadernos y documentos.

—Falta uno.

—Ese no lo voy a dibujar jamás —asegura Nicolás.

—Pero por ese fue que nos pagaron. Y muy bien —murmura desde el catre José Antonio Guzmán.

—Ya costaron una vida y no hay oro que justifique ese precio. Usted puede disculparse con esa señora.

—Esa señora, como usted dice, es capaz de mandar a matarme. O más bien de mandar a matarnos a los tres si no cumplimos el encargo —asegura el herido frunciendo la cara con una mueca de dolor.

Nicolás se encoge de hombros.

—De todos modos ese mapa no existe —dice.

De repente, la brisa trae el chillar de loros y micos desde el Morichal. El engranaje celeste vuelve a funcionar. El Ingeniero Matallana, incansable va y viene del jeep, carga las mochilas, los mosquiteros y catres plegables.

Las nubes en el cielo comienzan a desplazarse.

–Debemos irnos –apremia mientras ayuda a José Antonio a levantarse del catre.

–Esa pierna se puede gangrenar.

–Usted dijo que no era grave.

El ingeniero evita hacer comentarios negativos, piensa que mientras tenga esperanzas puede sobrevivir.

Después de acomodarlo en el Jeep, amarra la lona que cierra al vehículo y toma el puesto del conductor. Observa las nubes a través del parabrisas. Una tormenta se acerca. El mecanismo del universo está en pleno movimiento.

El sonido del motor espanta a los loros del bosque mientras avanzan sobre la trocha de lodo. Atrás queda el lugar que les sirvió de base para sus exploraciones necrológicas. Atrás la tumba donde está el sargento. Y cientos de kilómetros más allá, entre bosques de niebla, están esas otras dos tumbas que nunca debieron buscar porque ahora les han marcado el destino para siempre.

## Capítulo I

El modo como se nos escapan nuestras vidas es la vida.

Richard Ford, *Día de la Independencia*

### **Jueves, treinta años después. Ocho y media de la mañana**

Mariana Llano sentada en el asiento posterior del taxi Hyundai medita sobre el sentido de la vida. ¿Cuál es nuestro oficio en este mundo?, ¿trabajar, sufrir, tirar? ¿Para qué inventaron la Coca-Cola? ¿Qué hago en este barrio tan feo?

Se hace esas preguntas porque le aburre esperar, porque pierde el tiempo, y cuando eso sucede hace preguntas inútiles a los hados del destino. Y esa mañana su trabajo consiste en vigilar a un traficante de fauna silvestre –una forma de perder el tiempo–, acompañada por su hermano Poncho que es periodista, y por Estalín Saldarriaga, un taxista bajo contrato. Aguardan, frente a una casa sin jardín, con fachada de ladrillo, puerta del garaje con vidrio esmerilado y ornamentos de hierro, en una calle del barrio Bosque Popular, que aparezca un traficante de fauna silvestre al que siguen desde hace varios días. Solo los detectives privados de las novelas policiacas encuentran su oficio entretenido. Pero así es la vida, medita. O tal vez la vida es una larga sucesión de oficios que aceptamos como van llegando, sin saber muy bien de qué se tratan. Y por eso, tal vez, la experiencia de vivir es la conciencia de que ninguno de esos oficios es importante. Los cumplimos en el orden en que van llegando. Somos hijas, como podemos ser madres, alguno es ladrón, como otro puede ser policía. Mientras vivimos aceptamos nuevas misiones, nuevos oficios, para poder tener espacio en ese mundo de caricatura inventado

por los hombres, donde los superhéroes compiten a ver quién es el mejor, cuál es el más hábil, cuál el más seductor, quién la tiene más grande.

–A qué horas dijeron que salían –pregunta Estalin Saldarriaga.

Mariana olvida sus reflexiones. Regresa al cuadrito dibujado del cómic que está viviendo esa mañana. Le gustaría que fuera de Moebius. Un cómic futurista. Con vehículos espaciales y figuras de otros planetas. Deja a un lado la cámara de video digital que tiene sobre el regazo y mira su reloj.

–A esta.

–Debemos parecer una banda de asesinos por contrato –murmura Poncho Llano, vigilando desde el taxi Hyundai decorado con cortinas de hilo y un peluche del gato Garfield en el vidrio.

–Absolutamente sospechosos –opina Mariana, acariciando el cuarzo que cuelga de una cadena de plata sobre su suéter. Frota la piedra para recibir energía, para soportar su oficio de detective de tira cómica.

–¿Qué tienen contra mi nave? –pregunta Estalin Saldarriaga con altanería. Aunque los dos hermanos pueden ser sus jefes, él no los reconoce como tales. Es un hombre con ideas políticas, mientras los dos hermanos sólo hablan pen dejadas, pero así de injusto es el mundo, filosofa. Gente como él, preparada para dirigir los destinos de la revolución, tiene que manejar taxi para pagar la luz y el arriendo.

Mariana observa el muñeco pegado en el vidrio.

Los adornos que cuelgan del techo del taxi. La caja de pañuelos desechables sostenida por un gancho cromado, los indicadores de nivel añadidos sobre el tablero, la cucaracha de colores fundida en el plástico de la palanca de cambios y el equipo de sonido, cuadrafónico, sintonizado en Olímpica Stereo.

–Esta nave es una cápsula espacial diseñada por un mecánico del Veinte de Julio –dice Poncho–. Y ese gato es

el astronauta.

–Me lo regaló mi exesposa. Es el único recuerdo que tengo de ella –informa Estalin.

Ninguno de los dos hermanos responde al comentario del taxista. Ninguno quiere hacerle notar el mal gusto de su exesposa.

–Eso me recuerda que olvidé darle de comer a mi perro –dice Mariana–. Necesito que me lleven a mi casa.

–Más tarde, cuando nos desocupemos de estos individuos –añade su hermano Poncho.

Mariana mira el reloj, son casi las nueve de la mañana.

–Ahí sale don Luciano Mondragón, de cuerpo entero – señala de repente Estalin Saldarriaga, olvidando el asunto de su peluche.

Mariana mira hacia el garaje con puerta de vidrio martillado. Un Mazda 626 rojo sale en reversa.

–Ese carro es blindado –opina Estalin.

–¿Por qué lo dice? –pregunta Poncho.

–Por el peso. Las llantas ceden. Ese carro no es apropiado para blindar. Hay que blindar carros más potentes.

–Van los dos. El coreano y el hombre de la guayabera –informa Poncho.

Mariana enfoca el auto con su cámara de video. A través de los vidrios opacos distingue la silueta de dos personas obesas. Pulsa el botón correspondiente y comienza a grabar. Primero el auto y la placa, luego al chofer y a su acompañante. Siente un golpe cuando Estalin arranca y sobrepasa el Mazda.

–Cumpliditos –dice Estalin–. Ahora vamos a ver en qué dirección se van.

–Grabe, grabe –ordena Poncho desde el asiento delantero–. Necesitamos todo eso en video.

Mariana escucha los latidos de su corazón. El cuarzo salta sobre su pecho. Siente que participa en una acción política peligrosa. Su documental puede servir para encar-